

DEMOCRACIA FORMAL Y DEMOCRACIA DE FONDO

SERÍA injusto creer que los políticos que ocupan hoy el poder son franquistas en el sentido estricto de la palabra; como sería erróneo creer que representan lo contrario de lo que representó Franco. En lo intrínseco defienden las mismas categorías, los mismos intereses, el mismo orden y el mismo concepto de la vida y de la sociedad, pero por otros medios. La cuestión de los medios es esencial y es la que produce un efecto óptico importante: la sensación de que están más próximos a la oposición —la que sí fue antifranquista—, que se basa en los mismos medios, aunque con un objetivo distinto, y distanciarles de los que sí fueron y son franquistas en el sentido estricto y creen que el franquismo es enteramente viable aun sin Franco, por la continuación, y aun la exacerbación (por un crecimiento del "enemigo", por un aumento de su sensación de peligro, por un reconocimiento de que los últimos años de Franco fueron excesivamente débiles) de los procedimientos, de los medios, que caracterizaron el esplendor de aquel régimen. La rudeza y la rotundidad de lenguaje de este grupo franquista, que forma parte de su carácter, y la capacidad de expresarlo por las herencias de poder de que disfrutaban —periódicos, dinero, algunos cargos, personalidades, fuerza— se aplican principalmente contra el poder gubernamental y parlamentario, lo cual aumenta el error óptico de aproximar a este grupo de poder hacia la oposición antifranquista. La cual, a su vez, aparece como disminuida, como minorizada; en parte, porque su lenguaje no es duro —no forma parte esa dureza de su carácter—; en parte, porque no ha perdido su sensación de autodefensa; porque cree que debe ayudar a fortalecer los medios usados por el grupo de poder (que son los mismos de su doctrina general y son los que pueden protegerlos del franquismo redivivo); y en parte, también, porque una continua revisión de lo vivo y lo muerto de sus ideologías, una necesidad de adecuación entre sus objetivos y sus realidades exteriores, la escasa preparación política de sus bases, les impiden centrarse en un programa coherente, en un objetivo de lucha.

TODO esto hace aparecer el panorama actual de la política española de una manera equívoca, en la que el enfrentamiento político estaría dividido en un sector defensivo de la democracia, centrado en la pauta parlamentaria —con alguna excepción de algunos ilustres miembros del Parlamento— y otro sector contrario a la democracia. Este aspecto de la necesidad urgente de la democracia ha llevado a sus defensores a luchar, sobre todo, por sus aspectos formales, basados en la creencia de que la forma hace el fondo, y no a la inversa. Se ha producido un sistema de aplazamientos por el cual cada capítulo de la conquista formal representaba previamente como una totalidad; pero cuando se conseguía, aparecía un obstáculo nuevo. Así, a la aspiración de la legalización de los partidos sustituyó la de un primer referéndum; luego, unas elecciones generales, y un proyecto de Constitución, y otro referéndum, y unas nuevas elecciones generales, y unas elecciones municipales, y unos estatutos de autonomía, y unos referéndums sobre los estatutos de autonomía, y un calendario sobre el desarrollo de la Constitución... Cada una de estas pruebas ha ido teniendo un refrendo popular claro en el sen-

tido amplísimo de la aceptación de la democracia y de la negación de las formas del régimen anterior. Sin embargo, poco a poco, el entusiasmo popular se ha ido desgastando. Ha terminado por no comprender qué nuevos plazos le van a esperar y por qué.

AL mismo tiempo, se ha ido desgastando la idea general de democracia. Se ha llegado a la sensación de que es algo inalcanzable. Más aún, la falta de aplicación de esfuerzos al fondo de la cuestión, a la verdadera democratización del país —una remodelación real de la economía, un sistema social más justo, un esfuerzo profundo en los términos de convivencia por la vía de la educación y de la cultura, una liberalización legal y no sólo real de las costumbres, y muchas cosas más— está haciendo aparecer el fallo del país como un fallo de la democracia. Vuelven a aparecer las viejas acusaciones dictatoriales, que son viejísimas —se escucharon ya en la República; pero el mundo las escuchó ya antes, en la época de la aparición de los diversos fascismos— que son clásicas en cualquier manual: la política de partidos divide, los partidos buscan sus intereses propios y no los de la comunidad; el Parlamento sólo sirve para hablar, el Gobierno no tiene fuerza para hacerse respetar, las autonomías pueden romper "la unidad sagrada de la Patria", la vieja moral se ha hundido, etcétera. Democracia se confunde con ineficacia. No es extraño que en Guinea Ecuatorial el nuevo gobernante, Teodoro Nguema, hombre de formación española franquista, pueda decir que no habrá por ahora partidos, ni civiles en el Gobierno, ni Constitución, ni formas democráticas; porque lo que importa es la reconstrucción del país. Aparte del valor positivo del derrocamiento de Macías, de la apertura de las prisiones y del final de la opresión más brutal, aparte de las ventajas que pueda suponer para España el hecho, y aparte también de lo que pueda resultar en el campo de las alianzas internacionales, lo que inquieta es este concepto repetido, con eco aprobatorio en España —donde vuelve como un bumerang, puesto que fue aquí donde se inscribió en el concepto político de Teodoro Nguema: la democracia es ineficaz y disgregadora, la dictadura reconstruye y trabaja. La serie de ejemplos mundiales que pueden aducirse en contrario apenas cuentan: la desgracia y la ruina que han derramado sobre sus respectivos países dictadores como Somoza, como las dictaduras rojas de Camboya y del Vietnam, como la figura y la contrafigura del Sha y del ayatollah Jomeini en Irán, o la del propio Macías en Guinea se obvian. Queda flotante la idea de que con un dictador se trabaja y se reconstruye un país, con una democracia se desmorona y se arruina.

COMO España va, por el momento, muy mal, se culpa a la democracia, que, en realidad, no se ha producido más que de una manera formal y no en profundidad. La derecha franquista acentúa su ofensiva. Está en su derecho. Es fiel a sus normas y a sus intereses. El grupo del poder constituido, que siempre ha tenido en cuenta esos intereses, que pertenece a la misma clase, que sale del mismo tronco, se esfuerza cada vez más en hacer signos de que va por el mismo camino y de



que es insensato combatirle desde la derecha. Tiene que acentuar esos signos. Nunca va a conseguirlo del todo, a menos de que promoviera una abundancia general, cosa que está lejos de sus posibilidades: el objetivo de la derecha franquista es la restauración del franquismo, y no otro. Cree que la Historia le va a dar la señal oportuna en el momento preciso: espera ese momento sin dejar de crear las condiciones objetivas para que ese momento llegue. El poder legal hace, sin embargo, concesiones cada vez mayores: se engolfa en mares semánticos, para poder mantener su contradicción. Como todavía cree que necesita a la oposición de la izquierda, pero no puede inclinarse hacia ella, trata de tirar de la izquierda hacia sí misma; trata de que se haga más de derechas. Lo hace también con la opinión pública general. En el fondo, expresada con otras palabras es la misma teoría de Nguema; dejémonos de oposiciones, dejémonos de puntos de vista personales, dejémonos de enfrentamientos: se trata de reconstruir el país, se trata de que todos estemos unidos en un momento de dificultad. Un llamamiento que tiene todos los aspectos de la sensatez. Pero, naturalmente, hay distintas maneras de reconstruir el país, hay distintas formas de practicar la austeridad desde una justicia distributiva; hay muchas maneras de convocar la unidad para un objetivo concreto. Poniéndonos en los extremos, no es la misma óptica la que se puede tener acerca de la supresión del egoísmo y del personalismo, o de los puntos que se debe reducir el cinturón en la circunferencia del vientre, cuando se reflexiona desde un yate de lujo en el Mediterráneo o cuando se pasa el verano acudiendo a la oficina del paro a cobrar un subsidio. No es la misma ruina la que amenaza a una empresa en dificultades que la que se cierne contra una familia que lo que ve en quiebra es la bolsa de la compra y a la que se advierte que la Seguridad Social no puede ser ya la misma. Es cierto que todos deben comprender el fenómeno colectivo y las dificultades generales. Hay dos maneras de que lo vean: una, por la fuerza, con la censura y las cárceles, el final de los derechos de asociación y el castigo a la disidencia. Otra, señalando con claridad los verdaderos objetivos, y concretando una justicia distributiva, y legalizando las situaciones personales, abriendo las libertades. La primera es la dictadura, la segunda es la democracia.

NO estamos en ninguna de esas dos fórmulas. Estamos en una suspensión, en una serie de aplazamientos, en unos mensajes apocalípticos y una ineficacia que no es de sistema, sino del equilibrio que el grupo de poder tiene que hacer para mantener su propia estabilidad. ■

MACIAS Y LOS DE SIEMPRE

UNA vez más se va a cerrar un capítulo histórico con un dictamen psiquiátrico y un juicio moral: Macías estaba loco, Macías era malo. Hemos visto capítulos mayores con un final igual: Hitler estaba loco, Stalin estaba loco. Ellos eran el Mal. Quizá algún buen sacerdote añada al epílogo una alusión a Satanás. Los hombres que les rodearon, que les sirvieron o que les ensalzaron cuentan sus anécdotas, relatan sus propios terrores. De lo que se trata es de salvar el sistema. O, con mayúscula, el Sistema. Y las personas que lo crearon; las mismas personas que pueden sacarlo adelante, cuando ya no está el Loco, cuando ya no asusta el Malo, o, quizá, pueden crear otro Sistema.

Macías, después de su carrera loca por la selva, como el "Emperador Jones" de O'Neill —que le contaba García Trevijano, cuando fue su nodriza para advertirle de cuál podía ser su final—, brama ahora en una celda, con un brazo desgarrado por los matorrales, pero con el orgullo alto, mientras los que fueron sus capitanes ocupan su puesto; mientras el que era su jefe de Policía sigue siendo el jefe de Policía de los otros. ¡No estaban contaminados! Si hubo en ellos algo de mal, se les fue todo hacia Macías, que era el pararrayos que lo atraía y absorbía. Inocentes, puros, los guineanos de siempre son también los de ahora. La trágica historia ha pasado a través de ellos sin rompellos ni manchillos. Piden que se les deje solos, que no acudan los que fueron las víctimas, porque no están preparados: ellos tienen el secreto del sistema y saben cómo ponerlo otra vez en pie. Toda su vida ha sido depurada en un instante por haber derrocado al tirano. Alejandro Rojas Marcos ha escrito que Jomeini no puede ser considerado más que un libertador, porque ha derrocado a un tirano, que era el Sha: así formula, con esa facilidad, esta vieja ley de la tribu.

¿Dónde están muchos que a Macías se igualen o parezcan? Son versos de Larra, del siglo pasado. Se le puede contestar, ya, que no los hay. Era un ejemplar único, y hoy está enjaulado. Sus capitanes, sus magos, sus policías, sus criados, sus amigos, nunca fueron iguales ni se le parecieron. Son buena y limpia gente de Dios, vampirizados por Macías, hoy exorcizados y capaces de tomar las riendas de su país, "ese pequeño paraíso", como dicen ahora. Ellos administrarán con sencillez y honestidad su cacao y su caoba. ¿Para qué otros? ¡Si ellos son los de siempre! No busquéis fuera, en el exilio; no busquéis atrás, en el tiempo pasado. Buscad aquí y ahora: encontraréis a los de siempre, liberados del Loco, exorcistas del Malo. Sean de ellos el cacao y la madera. Y las alianzas internacionales. Reciban ellos los medicamentos y el dinero de las ayudas; y los aplausos de los "no alineados" en Cuba, y los parabienes de los centristas unidos, y el espaldarazo de las socialdemocracias, y las peticiones de legalidad de los comunistas. ¿Quién lo hará mejor que los de siempre? ■

POZUELO